

ANDRES DE TAPIA

Nació en España hacia 1485, falleció avecindado en la ciudad de México a mediados del siglo XVI.

Conquistador amigo de Cortés, a quien acompañó en todas sus empresas, de las cuales dejó una relación que llega hasta el momento de la lucha y prisión de Pánfilo de Narváez, en la cual sobresale "la dimensión épica y en algunas páginas adquiere proporciones extremadas. Tapia es más objetivo que Bernal Díaz del Castillo y su historia está casi exenta de digresiones y alegatos personales".

El título de su obra es: *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés...* El original existente en la Academia de la Historia de Madrid lo reprodujo García Icazbalceta en su *Colección de Documentos para la Historia de México*, T. II. México, 1886, p. 554-594, quien proporciona valiosos datos. También lo ha estudiado Agustín Yáñez en *Crónicas de la Conquista de México*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1939-[4]-215-[4] p. IIs. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2), p. 41-96.

Fuente: Andrés de Tapia. *Relación hecha por el señor... sobre la Conquista de México*, en *Colección de documentos para la Historia de México*, publicada por Joaquín García Icazbalceta. 2 v. México, Antigua Librería, Portal de Agustinos, 1866. II-554-594., pp. 578-591.

LOS ESPAÑOLES EN TENOCHTITLAN

Partió el Marqués con su gente de este pueblo, e así en él como siempre avisaba a los indios que no entrasen donde los españoles estaban, después de puesto el sol; e fue a dormir a otro pueblo en la costa de la dicha laguna, e allí vinieron espías por el agua en canoas pequeñas, e nuestras escuchas e centinelas les tiraban con ballestas a bulto, e así no saltaron en tierra. E otro día comenzó el Marqués con su gente a entrar por una calzada angosta de piedra que por el agua entraba, e puentes a trechos como hemos dicho, e fue a dormir a un pueblo que está en el agua, e tuvo guarda como mejor pudo para que no le rompiesen las puentes ni la calzada; e de dos a dos horas o poco más venían siempre mensajeros; e luego que fue de día caminó e salió de esta calzada a tierra, e fue a dormir diez millas de México a una población

que estaba en la ribera de una laguna salada, e allí estuvo un día; e este pueblo era de un hermano de Motecuhzoma, e después que entramos en la tierra de Motecuhzoma, siempre nos dieron de comer de lo que tenían. E desde este pueblo fue el dicho Marqués e su gente por otra calzada que por el agua entraba, hasta México, e Motecuhzoma le salió a recibir, habiéndolo enviado primero un su sobrino con mucha gente e bastimento. Salió el dicho Motecuhzoma por en medio de la calle, e toda la demás gente arrimada a las paredes, porque así es su uso, e hizo aposentar al Marqués en un patio donde era la recámara de los ídolos, e en este patio había salas asaz grandes donde cupieron toda la gente del dicho Marqués e muchos indios de los de Tlaxcala e Cholula que se habían llegado a los españoles para los servir.

En este tiempo, poco antes que en México entrase el Marqués, supo que los españoles que había dejado en la costa poblados, yendo a un pueblo de un vasallo de Motecuhzoma a le decir que les diese de comer, los del pueblo habiendo peleado con ellos e muértolos un caballo e un español, y herido a los más de ellos. El Marqués, después que reposó algo de aquel día que a México llegó, con el cuidado que de su vida y de los de su compañía tiene, andábase paseando por dentro de su aposento, e vio una puerta que le pareció que estaba recién cerrada con piedra e cal, e hízola abrir, e por ella adentro entró y halló mucho gran número de aposentos, e en algunos de ellos mucha cantidad de oro en joyas e en ídolos, e muchas plumas, e de esto muchas cosas muy para ver; e había entrado con dos criados suyos, e tornóse a salir sin llegar a cosa alguna de ello. E luego por la mañana hizo apercibir su gente, e temiéndose, como en la verdad era así e lo tienen acordado, que quitando una o dos puentes de las por donde habíamos entrado no pudiéramos escapar las vidas, se fue a la casa de Motecuhzoma, en la cual había asaz de cosas dignas de notar, e mandó que su gente dos a dos o cuatro a cuatro se fuesen tras él. Motecuhzoma, salió a él e lo metió a una sala donde él tenía su estrado, e con él entramos hasta treinta españoles e los demás quedaban a la puerta de la casa, e en un patio de ella el Marqués dijo a Motecuhzoma con los intérpretes: “bien sabéis que siempre os he tenido por amigo, e os he rogado por vuestros mensajeros que siempre conmigo se trate verdad, y yo en cosa no os he mentido, e ahora sé que los españoles que dejé en la costa han sido maltratados de vuestra gente, y están los más de ellos heridos,

e han muerto a uno, e dicen algunos de los indios que los españoles prendieron peleando, que esto se hizo por vuestro mandado; e para que lo quiero averiguar habéis de ir preso conmigo a mi aposento, donde seréis servido e bien tratado de mí e de los míos: e caso que tengáis alguna culpa de la que os ponen vuestros vasallos, yo miraré por vuestra persona como por mi hermano; e esto hago porque si lo disimulase, los que conmigo vienen se enojarían de mí, diciendo que no me daba nada de verlos maltratar: por tanto mandad a vuestra gente que de esto no se altere, e tened aviso que cualquiera alteración que haya la pagaréis con la vida, pues es en vuestra mano pacificarlo.” Motecuhzoma se turbó mucho, e dijo con toda la gravedad que se puede pensar: “No es persona la mía para estar presa, y ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrieren”; e así estuvieron en razones más que cuatro horas, e al fin se concertaron que Motecuhzoma fuese con el Marqués, e lo llevó a su aposento, e le dio en guarda a un capitán, e de noche e de día siempre estaban españoles en su presencia, e él no dice a los suyos que estaba preso, antes libraba e despachaba negocios tocantes a la gobernación de su tierra, e muchas veces el Marqués se iba a hablar con él, e con el intérprete le rogaba que no recibiese pena de estar allí, e le hacía todos los regalos que podía, e le dijo: “Estos cristianos son traviesos, e andando por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, e la han tomado: no recibáis de ello pena”; e él dijo liberalmente: “Eso es de los dioses de este pueblo: dejad las plumas e cosas que no sean oro, y el oro tomáoslo, e yo os daré todo lo que yo tenga; porque habéis de saber que de tiempo inmemorial a esta parte tienen mis antecesores por cierto, e así se platicaba e platica entre ellos de los que hoy vivimos, que cierta generación de donde nosotros descendimos vino a esta tierra muy lejos de aquí, e vinieron en navíos, e estos se fueron desde ha cierto tiempo, e nos dejaron poblados, e dijeron que volvieren, e siempre hemos creído que en algún tiempo habían de venir a nos mandar e señorear; e esto han siempre afirmado nuestros dioses e nuestros adivinos, e yo lo creo que ahora se cumple: quiero os tener por señor, e así haré que os tengan todos mis vasallos e súbditos a mi poder”; e así lo hizo, e hizo llamar a muchos de los señores de la tierra, y díjoles: “Ya sabéis lo que siempre hemos tenido creído acerca de no ser señores naturales de estas tierras, e parece que este señor debía ser cuyos somos, e así como a mí me tenéis dada la obediencia, se la dad a él, e yo se la doy.”

E así puestos todos uno ante otro e Motecuhzoma primero, cada cual hizo su razonamiento ofreciéndose por vasallos e criados del dicho Marqués, e poniéndose so su amparo; e esto fue una cosa muy de ver, lo cual hicieron con muchas lágrimas, diciendo: “Parece que nuestros hados quisieron en nuestro tiempo que se cumpliese lo que tanto ha que estaba pronosticado”; e así el Marqués les respondió e consoló, e prometió a Motecuhzoma que siempre mandaría en su tierra como antes, e sería tan señor e más, porque se ganarían otras tierras de que también fuese señor como de esta suya; e Motecuhzoma le dijo: “Váyanse con estos míos algunos vuestros, e mostrarles han una casa de joyas de oro e aderezos de mi persona”; a quien esto escribe e otro gentilhombre fueron por mandado del Marqués con dos criados de Motecuhzoma, e en la casa de las aves, que así la llamaban, les mostraron una sala e otras dos cámaras donde había asaz de oro e plata e piedras verdes, no de las muy finas, e yo hice llamar al Marqués, e fue a verlo, e lo hizo llevar a su aposento. Después que Motecuhzoma vio la manera de la conversación de los españoles, pareció holgarse mucho con ellos, e así es que todos le hacían todo el placer posible, e a él le vienen a servir sus criados, e le traen cada vez que come más que cuatro platos de vianda en que había frutas e yerbas e conejos e venados e codornices e gallinas e muchos géneros de pescados guisados de diversas maneras, e debajo de cada plato de los que a sus servidores les parecía que él comiere, venía un braserico con lumbre; e sabed que siempre le traían platos nuevos en que comía, e jamás comía en cada plato más de una vez, ni se vestía ropa más de una vez; e lavábase el cuerpo cada día dos veces. En este tiempo Motecuhzoma avisó al Marqués que un su sobrino, que se decía Cacamací, señor de una ciudad que está en la costa de esta laguna e de mucha otra tierra e pueblos, era hombre mal reposado, e como mozo era deseoso de guerra; por tanto que convenía que le pusiese cobro con él; e el Marqués así lo hizo, e lo encomendó a ciertos gentiles hombres españoles. Este Motecuhzoma tenía una casa con muchos patios e aposentos en ella, donde tiene en jaulas grandes leones e tigres e onzas e lobos e raposos, en cantidad cada uno por sí; e en otros patios tenía en otra manera de jaulas halcones de muchas maneras e águilas e gavilanes e todo género de aves de rapiña, e era cosa de ver cuán abundantemente daban carne a comer a todas estas aves e fieras, e la mucha gente que había para el servicio de ésta; e había

en esta casa en tinajas grandes e en cántaros culebras e víboras asaz; e todo esto era no más que por manera de grandeza. En esta casa de las fieras tenía hombres monstruos y mujeres: unos contrahechos, otros enanos, otros concorvados, e tenía otra casa donde tiene todas las aves de agua que se pueden pensar, e de toda otra manera de aves, cada género de aves por sí; y es así sin falta, que en el servicio de estas aves se ocupaban más de seiscientos hombres, e había en la misma casa donde apartaban las aves que enfermaban e las curaban: en la casa de estas aves de agua tenía hombres y mujeres todos blancos, cuerpos e cabello e cejas. El patio de los ídolos era tan grande que bastaba para casas de cuatrocientos vecinos españoles. En medio de él había una torre que tiene ciento y trece gradas de a más de palmo cada uno, e esto era macizo, e encima dos casas de más altor que pica y media, e aquí estaba el ídolo principal de toda la tierra, que era hecho de todo género de semillas, cuantas se pueden haber, e estas molidas e amasadas con sangre de niños e niñas vírgenes, a los cuales mataban abriéndolos por los pechos e sacándoles el corazón e por allí la sangre, e con ella e las semillas hacían cantidad de masa más gruesa que un hombre e tan alta, e con sus ceremonias metían por la masa muchas joyas de oro de las que ellos en sus fiestas acostumbraban a traer cuando se ponían muy de fiesta; e ataban esta masa con mantas muy delgadas e hacían de esta manera un bulto; e luego hacían cierta agua con ceremonias, la cual con esta masa la metían dentro en esta casa que sobre esta torre estaba, e dicen que de esta agua daban a beber al que hacían capitán general cuando lo elegían para alguna guerra o caso de mucha importancia. Esto metían entre la postrer pared de la torre e otra que estaba delante, e no dejaban entrada alguna, antes parecía no haber allí algo. De fuera de este hueco estaban dos ídolos sobre dos basas de piedra grande, de altor las basas de una vara de medir, e sobre estas dos ídolos de altor de casi tres varas de medir cada uno; serían de gordor de un buey cada uno: eran de piedra de grano bruñida, e sobre la piedra cubierta de nácar, que es conchas en que las perlas se crían, e sobre este nácar pegado con betún, a manera de engrudo, muchas joyas de oro, e hombres e culebras e aves e historias hechas de turquesas pequeñas e grandes, e de esmeraldas, e de amatistas, por manera que todo el nácar estaba cubierto, excepto en algunas partes donde lo dejaban para que hiciese labor con las piedras. Tenían estos ídolos

unas culebras gordas de oro ceñidas, e por collares cada diez o doce corazones de hombre, hechos de oro, e por rostro una máscara de oro, e ojos de espejo, e tiene otro rostro en el colodrillo, como cabeza de hombre sin carne. Habría más que cinco mil hombres para el servicio de este ídolo: eran en ellos unos más preeminentes que otros, así en oficio como en vestiduras; tenían su mayor a quien obedecían grandemente, e a este así Motecuhzoma como todos los demás señores lo tienen en gran veneración. Levantábanse al sacrificio a las doce de la noche en punto: el sacrificio era verter sangre de la lengua e de los brazos e de los muslos, unas veces de una parte y otras de otra, e mojar pajas en la sangre, e la sangre e las pajas ofrecían ante un muy gran fuego de leña de roble, e luego salían a echar incienso a la torre del ídolo. Estaban frontero de esta torre sesenta o setenta vigas muy altas hincadas desviadas de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un teatro grande, hecho de cal e piedra, e por las gradas de él muchas cabezas de muertos pegadas con cal, e los dientes hacia fuera. Estaba de un cabo e de otro de estas vigas dos torres hechas de cal e de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra, e los dientes hacia fuera, en lo que se podía parecer, e las vigas apartadas una de otra poco menos que una vara de medir, e desde lo alto de ellas hasta abajo puestos palos cuan espesos cabían, e en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho palo; e quien esto escribe, y un Gonzalo de Umbría, contaron los palos que había, e multiplicando a cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas, sin las de las torres. Este patio tenía cuatro puertas; en cada puerta un aposento grande, alto, lleno de armas; las puertas estaban a levante y a poniente y al norte y al sur.

Motecuhzoma, cuando lo prendió el Marqués, envió por el señor del pueblo que había peleado con los españoles en la costa, e dio un sello con cierto carácter en él figurado, el cual se quitó del brazo, e dijo al Marqués: “Váyanse dos de vuestros hombres con estos mensajeros que yo envío, e traerán al que ha hecho el daño en vuestra gente.” Esto porque el Marqués se lo pidió así, e dijo a sus mensajeros Motecuhzoma: “Id y llamad a Qualpupoca (que así se llamaba el señor); e si no quisiese venir por la creencia de esta mi seña, haréis gente de guerra en mi tierra, e iréis sobre él e destruidlo e prendedlo por fuerza, e no vengáis sin él, e mirad

por esos cristianos mucho." Fueron e trajéronlo, e confesó haber él hecho el daño en los españoles, en caso que dijo que Motecuhzoma se lo había mandado. El Marqués hizo sacar de los almacenes de armas que hemos dicho, todas las que hubo, que eran arcos e flechas e varas e tiraderas e rodelas e espadas de palo con filos de pedernal, e serían más que quinientas carretadas, e hizo quemarlas e con ellas a Qualpupoca, e para esto dijo que las quemaba, para quemar aquél.

El Marqués fue al patio de los ídolos, e había enviado de su gente por tres o cuatro partes a ver la tierra, e ciertos de ellos a apaciguar cierta tierra que Motecuhzoma dijo que se le rebelaba, ochenta leguas de México, e otros eran idos a recoger oro por la tierra en esta manera: que Motecuhzoma enviaba por su tierra mensajeros que iban con españoles, e llegados a los pueblos, decían al señor del pueblo: "Motecuhzoma y el capitán de los cristianos os ruegan que para enviar a su tierra del capitán, les deis del oro que tuviéredes"; e así lo daban liberalmente, cada cual lo que quería. Así que a la sazón que el Marqués fue al patio de los ídolos, tenía consigo poca gente de la suya; e andando por el patio me dijo a mí: "Subid a esa torre, e mirad qué hay en ella"; e yo subí e algunos de aquellos ministradores de la gente subieron conmigo, e llegué a una manta de muchos dobleces de cáñamo, e por ella había mucho número de cascabeles e campanillas de metal; e queriendo entrar hicieron tan gran ruido que me creí que la casa se caía. El Marqués subió como por pasatiempo, e ocho o diez españoles con él; e porque con la manta que estaba por antepuerta, la casa estaba oscura, con las espadas quitamos de la manta, e quedó claro. Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginería de piedra, de la con que estaba hecha la pared. Estas imágenes eran de ídolos, e en las bocas de éstos e por el cuerpo e partes tenían mucha sangre, de gordor de dos o tres dedos, e descubrió los ídolos de pedrería, e miró por allí lo que se pudo ver, e suspiró habiéndose puesto algo triste, e dijo, que todos lo oímos: "¡Oh Dios!, ¿por qué consentes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra? e ha, Señor, por bien que en ella té sirvamos"; e mandó llamar los intérpretes, e ya al ruido de los cascabeles se había llegado gente de aquella de los ídolos, e dijoles: "Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo a vosotros y a nosotros e a todos, e cría lo con que nos mantenemos, e si fuéramos buenos nos

llevará al cielo, e si no, iremos al infierno, como más largamente os diré cuando más nos entendamos; e yo quiero que aquí donde tenéis estos ídolos esté la imagen de Dios y de su Madre bendita, e traed agua para lavar estas paredes, e quitaremos de aquí todo esto." Ellos se reían, como que no fuera posible hacerse, e dijeron: "No solamente esta ciudad, pero toda la tierra junta tienen a estos por sus dioses, y aquí está esto por Uchilobos, cuyos somos; e toda la gente no tiene en nada a sus padres e madres e hijos, en comparación de éste, e determinarán de morir; e cata que de verte subir aquí se han puesto todos en armas, y quieren morir por sus dioses." El marqués dijo a un español que fuese a que tuviesen gran recado en la persona de Motecuhzoma, e envió a que viniesen treinta o cuarenta hombres allí con él, e respondió a aquellos sacerdotes: "Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada"; y antes que los españoles por quien había enviado viniesen, enojóse de palabras que oye, e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhombre, e juro por Dios que es verdad que me parece ahora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: "A algo nos hemos de poner por Dios." Aquella gente lo hicieron saber a Motecuhzoma, que estaba cerca de ahí el aposento, e Motecuhzoma envió a rogar al Marqués que le dejase venir allí, e que en tanto que venía no hiciese mal en los ídolos. El Marqués mandó que viniese con gente que le guardase, e venido le decía que pusiésemos a nuestras imágenes a una parte e dejásemos sus dioses a otra. El Marqués no quiso. Motecuhzoma dijo: "Pues yo trabajaré que se haga lo que queréis; pero habéisnos de dar ídolos que los llevemos donde quisiéremos"; e el Marqués se los dio, diciéndoles: "Ved que son piedra, e creed en Dios que hizo el cielo y la tierra, e por la obra conoceréis al maestro." Los ídolos fueron bajados de allí con una maravillosa manera e buen artificio, e lavaron las paredes de la casa, e al Marqués le pareció que había poco hueco en la casa, según lo que por de fuera parecía, e mandó cavar en la pared frontera, donde se halló el masón de sangre e semillas e la tinaja de agua, e se deshizo, e le sacaron las joyas de oro, e hubo algún oro en una sepultura que encima de la torre estaba. El Marqués hizo hacer dos altares, uno en una parte

de la torre, que era partida en dos huecos, e otro en otra, e puso en una parte la imagen de Nuestra Señora en un retablico de tabla, e en otro la de San Cristóbal, porque no había entonces otras imágenes; e desde en adelante se decía allí misa; e los indios vinieron desde a ciertos días a traer ciertas manadas de maíz verde e muy lacias, diciendo: "Pues que nos quitastes nuestros dioses a quien rogábamos por agua, hace al vuestro que nos la dé, porque se pierde lo sembrado." El Marqués les certificó que presto llovería, e a todos nos encomendó que rogásemos a Dios por agua; e así otro día fuimos en procesión hasta la torre, e allá se dijo misa, e hacía buen sol, e cuando veníamos llovía tanto que andábamos en el patio los pies cubiertos de agua, e así los indios se maravillaron mucho. Y de esta manera estuvimos, e tenía el Marqués tan recogida su gente, que ninguno salía un tiro de arcabuz del aposento sin licencia, e así mismo la gente tan en paz, que se averiguó nunca reñir uno con otro: e Motecuhzoma siempre daba a los españoles algunas sortijas de oro, e a otros guarniciones de espadas de oro, e mujeres hermosas, e largamente de comer.

En este tiempo Motecuhzoma habló al Marqués e le mostró en una manta pintados diez y ocho navíos, e los cinco de ellos a la costa quebrados e trastornados en la arena; porque esta es la manera que ellos tienen de hacer relación de las cosas que bien quieren contar, e le dijo cómo había diez y ocho días que habían dado al través en la costa, casi cien leguas del puerto; e luego vino otro mensajero que traía pintado cómo ya surgen ciertos navíos en el puerto de la Veracruz; e luego se temió el Marqués que sería armada e gente que debía venir contra nosotros; e llamóme a mí, que en ese día había llegado de poner en paz ciertos señores de Cholula e Tlaxcala que reñían sobre unos términos, e me mandó ir fuera del camino usado para que supiese qué se había hecho de la gente que él había dejado en la Villa Rica en la costa; e llevándome indios a cuestras de noche, e yo caminando de día a pie, llegué en tres días e medio a la Villa Rica, e ya había hecho mensajeros al Marqués el capitán de la dicha villa, y enviándole tres españoles que prendió de los contrarios. Sabido el Marqués en México cómo el armada era de Diego Velázquez, gobernador de Cuba e de la gente que en ella viene, que eran, sin los que se perdieron en los cinco navíos que dieron al través, más de mil e tantos hombres, e que traían muy buena artillería e noventa de caballo

e más de ciento e cincuenta ballesteros y escopeteros; e con todo esto determinó de los ir a buscar, e envió sus espías e corredores delante, e luego él se partió tras ellos, e llevó consigo ciertos señores favoritos de Motecuhzoma e sus vasallos, e dejando poco más que cincuenta hombres en México en guarda de Motecuhzoma, e con ellos por capitán a D. Pedro de Alvarado, que después fue gobernador de una provincia que se llama Guatemala, caminó para donde los españoles contrarios estaban. E los que estábamos en la villa que estaba en la costa, porque éramos pocos nos subimos a una sierra, e cuando supimos que el Marqués venía salimos a nos juntar con él. En este tiempo hubo españoles de los de la compañía del Marqués que a vueltas de indios de los que iban a llevar yerba y de comer a los españoles nuestros contrarios, se entraban desnudos e teñidos como los indios, e miraban lo que los contrarios hacían y decían. Y es así que el capitán que con esta gente venía dijo a los indios que él venía no a más que a soltar a Motecuhzoma e prender al Marqués e matarlo; por tanto que le ayudasen, porque luego se había de ir de la tierra en llevándonos de allí e matando al Marqués; e esto hizo mucho daño, e los indios le sirven por mandado de Motecuhzoma, e también sirven al Marqués, puesto que ya algunos de los indios tenían al Marqués buena voluntad. El Marqués con hasta doscientos y cincuenta hombres que tenía consigo, se fue a poner en un pueblo de indios cerca de sus contrarios que estaban en otro pueblo, e desde allí envió mensajeros a Pánfilo de Narváez, que así se llamaba el capitán su contrario; e a ruego de algunos de su compañía, el Narváez envió mensajeros al Marqués, e se vienen a concertar por voluntad del Narváez e de los suyos que darían al Marqués en aquella tierra cierta parte de ella, e le harían cierto que no irían contra él en cosa alguna, e que podría estar a su placer hasta tanto que el rey mandase lo que fuese su servicio; esto se entiende que había de estar con su gente e por gobernador de la tierra que decimos que le querían dar. El Marqués lo comunicó con las más personas de bien de su compañía, e por su parecer de algunos, el Marqués aceptara el partido; e finalmente el Marqués envió a mover otro partido, e despachó los que en su compañía estaban mensajeros de sus contrarios, diciendo que si aquel partido que enviaba a decir quisiese el capitán Narváez aceptar, si no, que luego que sus mensajeros volviesen daría la tregua por quebrada. E así luego que se fueron los mensajeros con-

trarios e los suyos se partió tras ellos, e anduvimos aquel día casi diez leguas, e en el camino salieron ciertos puercos monteses e venados, e los de caballos los alcanzaron, e fuese el Marqués a poner a dos leguas de los contrarios, e allí vinieron sus mensajeros a le decir cómo el capitán e los de su compañía se reían e burlaban de mover partido por nuestra parte, estando el nuestro tan bajo, e nos certificaron de la mucha e buena artillería que los contrarios tienen, e de cómo el capitán hacía mercedes de nuestras haciendas a los suyos. E allí cabe un río, en presencia de los mensajeros, el Marqués llamó a todos su compañeros, e les hizo una plática, diciéndoles: “Yo soy uno, e no puedo hacer por más que uno: partidos me han movido que a sola mi persona estaban bien; e porque a vosotros os estaban mal no los he aceptado; ya veis lo que dicen, y pues en cada uno de vos está esta cosa, según lo que en sí sintiere de voluntad de pelear o querer paz, aquello diga cada cual, e no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros cómo en el real de los contrarios se platica e tiene por cierto que vosotros me lleváis engañado a me poner en sus manos: por ende cada uno diga lo que le parece.” Todos o los más le satisficieron a lo de llevarle engañado, e en lo demás le rogamos afectuosamente que él dijese su parecer; e muy importunado de todos para que primero lo dijese, dijo como enojado. “Dígoos un refrán que se dice en Castilla, que es: Muera el asno o quien lo aguija; y este es mi parecer, porque veo que hacer otra cosa, a todos e a mí nos será grande afrenta; e no porque hagamos lo que ellos quisieren, aseguramos todos las vidas, antes algunas correrán riesgo; pero sobre mi parecer ved el vuestro, e cada cual tiene razón de decir su parecer.” E luego todos unánimes alzamos una voz de alegría, diciendo: “Viva tal capitán, que tan buen parecer tiene”; e así lo tomamos en los hombros muchos de nosotros, hasta que nos rogó lo dejásemos; e íbamos mojados porque había llovido, e con deseo de asar la carne de los venados e puercos que los de caballo habían muerto; e fuímonos a poner a una legua de los contrarios, e mandónos el Marqués que no hiciésemos lumbre porque no fuésemos vistos; e puestas centinelas e escuchas dobladas, quisimos reposar algún tanto, e no podíamos, como viniéramos mojados, e hacía un aire muy fresco. El Marqués recordó, o por mejor decir, como no pudiera dormir llamó sin tocar a tambor, e dijo: “Señores, ya sabéis que es muy

ordinario en la gente de guerra decir "al alba dar en sus enemigos"; e si hemos sido sentidos, a esta hora nos esperan nuestros contrarios; e si no nos han sentido, pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando e holgar lo que nos quedare de que hayamos venido, que gastarlo con la pasión que el frío nos da"; e así nos levantamos e nos hizo otra plática diciendo que aún teníamos tiempo de acordar si sería mejor pelear o no; e respondiéndole que queríamos morir o vencer, caminó, e cerca del aposento de los contrarios, poco más que una milla, nuestros corredores tomaron una de dos escuchas que los españoles tenían puestas, e el otro huyó; e preguntando al que tomamos cómo estaban en su real, nos dijo que habían tenido nueva de indios que íbamos, e estaban acordados de al alba salir a nosotros, e díjonos la manera de cómo estaba puesta la artillería e la orden que la gente tiene, e decía verdad, e el Marqués dijo que no le hiciesen mal, porque lo querían ahorcar sobre que dijese verdad; e su compañero que se huyó dio mandado en su real, e allá se creyeron que íbamos allí a nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para el alba dar en ellos; e así tornaron a mandar que reposase la gente e al alba saliesen al campo; e con todo, el capitán y ciertos gentiles-hombres se armaron e estaban despiertos e hablando en nuestra ida e teniéndonos por locos. E el Marqués había apartado ochenta hombres para que fuesen a la casa del capitán, sin se detener en otra parte, e procurasen de lo prender o matar; e para esto dio un mandamiento a un gentilhomme que era su alguacil mayor, en que le decía: "Iréis a donde Pánfilo de Narváez está, e mándoos que le prendáis o matéis, porque así conviene al servicio del rey nuestro señor"; e de esto reíamos mucho algunos de nosotros; e cuando llegamos junto a los contrarios llovía e había llovido, e el artillero tenía los fogones de los tiros tapados con cera por el agua; e así llegamos junto a las centinelas sin que nos sintiesen, e iban huyendo e diciendo: "Arma, arma", e los nuestros tras ellos tocando arma con el atambor; y estando en el patio de su aposento, el Marqués mandó a toda prisa a los ochenta hombres acometiesen a la casa del capitán, e él quedaba detrás de nosotros desarmado e prendiendo a los contrarios; porque como tocó su arma y la nuestra junta, vienen los contrarios a nuestra gente, creyendo que eran de los suyos, a preguntar "¿qué es esto?" e así los prendían. E el Marqués tuvo aviso de cortar e hacer cortar los látigos de las cinchas de los caba-

llos, que como pensaban desde a poco salir al campo, todos tenían ensillados sus caballos e comiendo; e algunos que acudían a enfrenarlos, como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caían, o desde a poco. E los ochenta hombres que delante íbamos fuimos a la casa del capitán, e tendría consigo hasta treinta gentileshombres, e delante su aposento tenía diez o doce tirillos de campo, e el artillero e otros, turbados e sobresaltados, quitaban unas piedras o tejas de sobre los fogones e cebaban sobre la cera, e cuando quisieron poner fuego vimos que los tiros no salían, e ganámoslos e peleábamos con el capitán e con los que con él estaban, e algunos hubo de nuestros contrarios que vinieron de fuera, e rompiendo por nosotros se metieron con su capitán, e retrajimoslos todos adentro de la casa, e no pudiéndoles entrar pegamos fuego a la casa, e así se dieron, e prendimos al capitán e a algunos de los otros; e luego, antes que la victoria se conociese, el Marqués mandó gritar, e a grandes voces decían los suyos: “¡Viva Cortés que lleva la victoria!” e así se retrajeron a una torre alta de un ídolo de aquel pueblo casi cuatrocientos hombres, e muchos de los de caballo o los más que adobaron sus cinchas e cabalaron e se salieron al campo. E aquí acaeció que como ganamos el artillería, algunos tiros se derribaron de do estaban, e otros habían llevado los nuestros, e como un caballero mancebo topase con ocho barriles de pólvora e un medio tonel de alquitrán, e oyó decir que los enemigos se hacían fuertes e se salían al campo para aguardar la mañana e venir a pelear, e como no vio los tiros, con deseo que tiene de ver por los suyos la victoria, e porque creyó que los contrarios tenían el artillería que él echaba menos, se metió entre los barriles de pólvora, diciendo a otros compañeros: “Haceos afuera, e quemaré esta pólvora, porque los enemigos no la hayan e nos hagan daño con el artillería que tienen”; e con fuego que en la mano llevaba de un haz de paja encendida, procuraba de quemar la pólvora, e como no podía por estar en barriles, con la espada desfondó uno de ellos, encomendándose a Dios metió el fuego dentro e dejóse caer en el suelo porque la furia de la pólvora no lo tomase. E acaeció que el marino que sacó los barriles de pólvora del navío, sacó siete barriles de pólvora e uno de alpagates, creyendo que fuese de pólvora, porque tenía la marca que los otros; e como metiese las pajas e fuego en el barril e no ardiese, procuraba de abrir otro; e a esta sazón el Marqués vino por allí, que

andaba peleando, y ya no hallaba con quién, e preguntó: “¿qué es eso?” e yo le dije lo que pasaba, e dijo: “¡Oh, hermano! no hagáis eso, que moriréis e muchos de los nuestros que por aquí cerca están”; e así se entró entre los barriles de pólvora, e con las manos e pies mataba el fuego. E llevada la pólvora a una casa pequeña de un ídolo donde él tiene algunos de los contrarios presos, e encomendándolos a un capitán, mandó traer algunos de los tiros, e batía en la torre donde los españoles estaban, e así se dieron, e mandó al capitán que tenía a cargo los presos, que si viese revuelta alguna o que los del campo venían, matase todos los presos, e esto le mandó decir en manera que el general de los contrarios e los demás prisioneros lo oyeron, e el general envió una seña a les mandar e rogar que viniesen a la obediencia del Marqués, por le dar la vida a él y a los presos; e así vinieron e se dieron a prisión, e así el Marqués, haciéndoles quitar a todos las armas e tomando juramento de ellos e a otros la fe, se aseguró de ellos, e desde a dos días les mandó volver sus armas, quedando preso el capitán e algunos otros.